LA CARCEL DE SEVILLA

por

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

PRECIO: OCHO REALES

ADMINISTRACIÓN
Valverde, 36, bajo.
MADRID

Imprenta de Félix Moliner. Mendizábal, 6. — MADRID. — Teléfono, 2.675.

LA CARCEL DE SEVILLA

PERSONAJES

GARAY.—SOLAPO.—PAISANO.—ALCAIDE.—COFLILLA, pícaro.—BARRAGÁN. ESCARRAMÁN.—Un escribano.—TORBELLINA.—BELTRANA.—Un procurador. Los músicos.

ESCENA PRIMERA

Garay, Solapo y Paisano. *(Desde dentro y con ruidos de grillos.)*

Garay.—Abre aquí alcaide; que nos comen chinches.

Solapo.—Abre aquí, seor alcaide; que nos comen garrapatas.

Paisano.—Sáquenos a mear, seor alcaide.

(*Salen los tres con grillos en los pies y guitarras.*)

Garay.—Loado sea Dios, que veo el cielo de Cristo.

Solapo.—Loado sea Dios, que veo el nubífero.

Pais.—Loado sea Dios, que veo el Sempiterno.

Sol.—Seores mios, ¿todos con guitarras? ¿Que es esto?

Pais. Ya sabrá voacé que compuse sobre aquella letrilla, que dice: "Cantando reniega„.

Garay.—¿Que voacé compuso?

Pais.—Si; seor.

Garay.—Yo tambièn.

Pais.—¡Y voacé y todo? Pues escuche voacé la mia.

(*Cantando Paisano y acompañando con las guitarras los otros.*)

Alta mar esquiva,
De ti doy querella,
Siete años anduve
Por fuerza en galeras;
Ni comí pan tierno,
Ni la carne fresca;
Siempre anduve en corso,
Nunca salté en tierra,
Sino en una isla
Llamada Cerdeña;
¡Y agora en prisión,
Que es la mayor pena!
La mayor que siento
Son celos de aquella
Beltrana la brava,
Que fué la primera
Que me hinchó este gusto,
Y la faltriquera.
Alzola Goróseo,
Llevola a Antequera,
Y el padre ordinario
La entrega y empeña;
Y alguno que canta,
Cantando reniega

En coro. —¡Bueno! ¡Victor! ¡Bueno!

Garay.—Agora va la mia, escuchen voacedes:

Peor es la mia,
Porque es otra queja;
Estoy sentenciado
A diez de galeras,
Del fiscal padrastro
mi Dios me defienda,
De los soplavivos
Y la corchetea.
De los centenarios,
Verdugo y la penca;
Y alguno que canta,
Cantando reniega.

Coro.—¡Victor! ¡Bueno! ¡Victor!

Sol.—Agora, pues, vaya la mía; escuchen voacedes:

Peor es la mía
Que es otra querella
Que tienen conmigo
Presos de la trena,
Cuchillos de cachas,
Taladro y barrena,
El ojo avizor
Todo el mundo tenga;
Porque si acometen,
Tengamos defensa,
Y mis camaradas
Hagan resistencia.
Suenen los valientes
De la carcel fuera;
Y alguno que canta,
Cantando reniega.

ESCENA II

(Suena ruido fuera como de pendencia, y salen a escena, por ambos lados, varios riñendo con cuchillos; asoma el Alcaide, y se retiran a su vista los pendencieros y Solapo, quedando en escena el Alcaide, Paisano y Barragán, *que es de los que salieron.*

Alcaide.—¿Qué ruido es este? Por vida del Rey, que he de pasar a algunos a la otra cárcel, o que han de dormir en el cepo.

Barragán.—Cuando voacé haga pasar alguno a la otra cárcel, hay aquí hombres que no se les da de esta.

Paisano *(haciendo una castañeta)*.—Cuando voacé haga pasar alguno a la otra cárcel, hay aquí alguno que no se le dará nada; y ¡voto a Cristo!, que ha de soterrar alguno algún puñal, que no se le saque del cuerpo otro que Dios.

Alc.—Por vida de quien soy, que si puedo, que no ha de quedar en mi cárcel horro de ladrones.

Pais.—Seor Alcaide, que todos hurtamos, todos entendemos de la manifatura, extender la cera, y meter el dinero en la faltriquera y decir: "No hay para qué„.

Alc.—¿Qué es esto Barragán? ¿Ya tomais vos las mañas de Paisano?

Barr.—A lo menos, no dirá voacé, seor Alcaide, que no hay en la cárcel hombre más pacífico que yo y el señor Paisano.

Alc.—Pues sois la principal causa de la pendencia, ¿y decis eso?

Pais. Calle, seor Alcaide, que no sabe nada, aunque perdone: esta no era pendencia; era un júguete y una manera de retozo. Deme voacé que está fuera pendencia redomada, que entendiéndolo los dos cónsules que estamos aquí, no hubiera cirujano en Sevilla que no estuviera en la cárcel ocupado, devanando tripas y remendando asaduras.

Alc.—¡Vean aquí estos de la braveza, y vienen después a parar como los melones de invierno! Agora bien, yo quiero tener mi cárcel quieta; dénme las manos, iré a tomar las de los otros.

Barr.—So Alcaide, advierta voacé, que yo y el seor Paisano tenemos alguna carga desta pesadumbre; pero aclárome que, en la calle y en la libertad, cada uno volverá por su persona.

Alc.—Digo que en el navío y cárcel, ni en cuerpo de guardia, no hay hombre cargado, que esto lo he sido por mis pecados; que yo también he sido carga de muladar.

Pais.—Calle, seor Alcaide, que no sabe nada; tiempla muy a lo viejo. Basta, agora la mano de amigos; pero en saliendo del purgatorio desta cárcel al cielo de la calle, todo hombre avizor; porque ha de haber el punto de almarada como barbas.

Alc.—Agora bien, esténse quietos y sosegados. *(Vase.)*

Pais.—¿Quién tiene bueyes, para quitar esta pesadumbre?

Barr.—En mi rancho los hay. "¡Hola, Coplilla!„

ESCENA III

Paisano, Barragán y Coplilla, *pícaro.*

Coplilla.—¿Qué manda voacé?

Barragán.—Saca el libro real, impreso con licencia de S. M.

Cop.—Veie aquí.

Barr. ¡Qué a mano le tenías, ladrón! ¿Quién tiene granos que jugar?

Paisano.—Seis granos tengo y esos juego. *(Juegan a los naipes).*

Barr.—Alce voacé por mano.

Pais.—Yo la doy.

Barr.—Ahí la gano.

Pais.—Váyase voacé y deje que baraje; que quiero quitar esos encuentros.

Barr.—Alce voacé.

Pais.—Sácola.

Barr. Meto el corazón y las barbas en saliendo suerte de lo que fuere. ¿Y dice eso?

Pais.—¡Ah, sotas putas! A la despedida.

ESCENA IV

Dichos, Garay *con la ropilla de* Solapo, *ganada en el juego, y éste en ropas menores.*

Solapo.—Seor Garay, voacé tiene obligación de jugar hasta ganarme las prendas que me quedan, y si no, digalo el seor Paisano, que es de los tahures de la prima.

Paisano.—¿Voacé jugó?

Garay.—Seor, sí.

Pais. ¿Ganole?

Grray.—Sí, seor.

Pais.—Pues de la sentencia el seor Ba-

Barragán, que es hombre que a todos los hombres del mundo les puede meter la baraja en la boca.

BARR.—A pagar de mi dinero, está obligado voacé a jugar con él hasta dejarle en carnes como Adán.

SOL.—Pues vayan las prendas que me quedan. Si esto me gana, me voy a mi rancho y me cubro la delantera con una hoja de higuera.

ESCENA V

DICHOS, *el* ALCAIDE *y el* ESCRIBANO.

ALCAIDE.—Paisano, aquí os vienen a notificar una sentencia; pésame, que es de muerte.

ESCRIBANO.—Oid, hermano, lo que os quiero notificar.

PAISANO. Baraje voacé y quite esos encuentros.

ESCR.—¿Oye lo que le digo, hermano?

PAIS.—Aguarde voacé; que más me va en ésto que en esotro.

ESCR.—¡Y si bien lo supiésedes!—Señores, vuesas mercedes sean testigos como el juez que entiende de su causa le condena a muerte.

PAIS.—¿A quién? ¿A mí?

ESCR.—¡No sino a mí!

PAIS.—¡Diga la parte!

ESCR.—Oid, hermano, lo que os vengo a notificar.

PAIS. Veamos esa barahunda. ¿Qué buenas Pascuas nos viene a notificar?

ESGR.—(*Leyendo*). "Fallo, que por la culpa que contra Paisano resulta, le debo condenar y condeno a que, de la cárcel do está, sea sacado públicamente en un asno de albarda, y un pregonero delante que manifieste su delito; y sea llevado por las calles acostumbradas, y de allí sea llevado a la plaza, donde estará una horca hecha; y della será colgado del pescuezo, donde naturalmente muera. Y nadie sea osado a quitarle sin mi licencia. Y mando, so pena de la vida, etc.„

PAIS.—¿Quién dió esta sentencia?

ESC.—El juez que entiende vuestra causa.

PAIS.—Puédelo hacer, que es mi juez. Más dígale voacé que sea tan honrado, que nos veamos en el campo sólos, él con su fallo y yo con una espada de siete palmos; veamos quien mata. Estos juecicos, en tiniendo unhombre embanastado como besugo, luego le fallan, como espada de la maesa: "Fallo que debo de condenar y condeno que sea sacado por las calles acostumbradas, en un asno de albarda... que todo lo diga.„ ¡Válgate el diablo, sentencia de pepitoria! ¿No es mejor decir que muera este hombre y ahorrar tanta guarnición?

ESCR.—Por Dios, que estoy por ponello así, vista tanta desvergüenza.

ALC.—Váyase vuesa merced, señor Escribano, y no haga caso desta gente desalmada.

GARAY.—Señor Paisano, llámele voacé y dígale que apela.

PAIS.—A él digo: ¡ah, seor escribano! venga acá voacé.

ESC.—¿Qué queréis, hermano?

PAIS.—¿Cómo se va voacé, después que queda un hombre cargado hasta las entrañas? Ponga ahí voacé que apelo treinta veces.

ESC.—Con una basta. Y, ¿para quién diremos que apeláis?

PAIS.—Apelo para Dios; que si yo apelo para esos señores padres de la Audiencia, remediadores de los fallos, pienso que no tendré ningún remedio.

ESC.—Señor Alcaide, oiga vuesa merced una palabra al oído. (*Le habla al oído y vase.*)

ESCENA VI

DICHOS *menos el escribano.*

PAISANO.—Ea, ¿qué se quiere hablar al oído?

ALCAIDE.—Hermano, esto va muy de rota; el Escribano me ha notificado que os suba a la enfermería, y que os ponga el hábito de la caridad.

PAIS.—¿Y, no se puede hacer otra cosa, seor Alcaide?

ALC.—No, hermano, llamad a vuestro procurador y decid que apeláis, por si esos señores os oyesen; que yo me holgaré en el alma.

PAIS.—Pues, seor Alcaide, voacé me haga merced de que no se me ponga el hábito de la caridad que sacó el ahorcado del otro día, que estaba viejo y apolillado, y no me le he de poner por ninguna cosa; que ya que haya de salir, quiero salir como hombre honrado y no hecho un pícaro; que antes me quedaré en la cárcel.

ALC.—Yo os daré gusto en eso.

PAIS.—Y voacedes me harán merced de visitarme en la enfermería y recitarme las letanías que se suelen decir a los presos honrados, y de camino avisarán a la Beltrana, a ver si tiene remedio esta desgracia. Me recomiendo, reyes míos: no haya lloros, lágrimas ni barahundas; que me voy a poner bien con el Sempiterno. *(Vase con el Alcaide.)*

ESCENA VII

DICHOS, *menos Paisano y el Alcaide.*

SOLAPO.—Por Dios, seor Barragán, que si el Paisano muere, que no queda hombre que se sepa dar un antubión de noche. ¿Digo algo, seor mío?

BARRAGÁN.—Por cierto, seor Solapo, que si Paisano muere, que pierde Barragán el mayor amigo del mundo, porque era grande archivo y cubil de flores para pobretos. Oiga lo que faltará si muere: la corónica de los jayanes, murcios, madrugones, cerdas, calabazas, águilas, aguiluchos, levas, chanzas, descuernos, claseos, guzpátaros, traineles;

y al fin, para desconsuelo,
que nos aumenta el dolor,
faltará un difinidor
al trato airado y al duelo.

GARAY.—No queda hombre honrado en todo el mundo, en faltando el Paisano.

ESCENA VIII.

DICHOS, TORBELLINA Y BELTRANA *con otras mujeres con mantos y el Procurador de* PAISANO, *con ellas.*

BELTRANA.—Déjame, hermana, con este ladrón de procurador; que yo le arañaré toda la cara.

TORBELLINA.—Tente, hermana, mal haya yo, y vamos a lo que importa.

BELT.—¡Ay, hermana! que yo me tengo la culpa, que me he dejado engañar deste ladrón de procurador, pues me ha traído engañada, diciendo que había de meter un escrito; y agora le mete, agora le saca, y ¡está el Paisano condenado á muerte! Déjame que le haga rajas entre estas manos.

PROCURADOR.—Tente, mujer de los diablos; que te quebraré la cabeza con estas escribanías.

BELT.—¡Ay hermana! ¿Qué es esto? ¡Jesús, que me muero. *(Desmáyase.)*

PROC.—Tente, mujer de los diablos: ¿aún no basta tener el pleito a cuestas, sino servir de rodrigón?

ESCENA IX

DICHOS, PAISANO *con la hopalanda de ajusticiado y una cruz en la mano y el* ALCAIDE.

ALCAIDE.—¡Ea Paisano! Llamad a Dios que os ayude en este trance.

BELTRANA (*volviendo en sí*).—¡Ay, sentenciado de mis ojos! ¿qué es esto?

ALC.—¡Hola! ¡hola!

VOCES (*dentro*).—¡Hola! ¡hola!

ALC.—¿Quién ha dejado entrar aquí estas mujeres? Echadlas fuera; sino, por vida de quien soy, que las dejo presas.

BELT.—¡Ay, sentenciado de mi ánima y de mi vida! (*Llora*).

PAISANO. ¿Quién me ha traído aquí estas ayudas de costa de mal morir?

TORBELLINA.—¿Qué es esto, Paisano de mis ojos? *(Llora)*.

PAIS.—¿Quién ha traído aquí estos teatinos infernales?

BELT.—¡Ay, que se acaba ya mi regocijo!

TORB.—¡Ay, que no tenemos quien nos consuele ya en nuestras borrascas y naufragios!

PAIS.—Holos, bujarras; no me esteis ladrando a las orejas.

ALC.—Salíos allá fuera noramala.

PAIS.—Beltrana, no me digas nada. El alma te encargo, pues el cuerpo te ha servido en tantas ocasiones; y una de tus amigas (no lo hagas tú, por el escándalo que puede haber), cuando estuviese ahorcado, me limpiará el rostro, porque no quede feo como otros pobretos. Y me traerás un cuello almidonado y más de la marca, y advierto, con bolo y puntas y todo negocio; que quiero ver, antes que deste mundo vaya, quien hace esta denunciación.

BELT.—Aun hasta en la muerte fué limpio mi amor; yo apostaré que no ha habido mejor ahorcado en el mundo.

TORB.—¡Oh, que de envidiosos ha de haber!

PAIS.—Seora Torbellina, voacé será testigo o testiga, lo que mejor le pareciere, como

a esta mujer la hago heredera de todos mis bienes, muebles y raíces, de mi calabozo. Item, de cuatro o cinco platos y escudillas, taladro, barreno, un candelabro de barro, una sartén y un asador. Item, una manta y un jergón, servicio y pulidor.

Quien te lo quitare, hija
La mi maldición le caiga.

Torb.—Muy bueno ha andado el seor Paisano.

Pais.—Beltrana, antes que deste mundo vaya, te quiero dejar acomodada. Solapo es mi amigo, hame pedido que te hable; es hombre que pelea, y peleará, y te defenderá. En rindiendo yo el alma, le entregarás tú el cuerpo.

Belt.—Hermano de mi vida, eso hiciera yo muy de buena gana por mandármelo tú; pero tengo dada la palabra a otro.

Pais.—Pues, badana ¡aún no he salido deste mundo y das la palabra a otro! No te lograrás; ¿tú no ves que este es desposorio clandestino?

Alc.—Ea, echad esas mujeres de ahí, vayan noramala (*vasen las mujeres.*)

ESCENA X

Dichos *menos las mujeres.*

Paisano.—Seor procurador,¿qué haremos si este juez me quisiese ahorcar tan de repente, sin oirme mi apelación?

Procurador.—Calle, que no hará. No tenga pena de nada dello, que nunca el derecho quedó sin él; y pluguiese a Dios que le ahorcase, que yo le haría...

Pais.—¿Y si me ahorcase?

Proc.—Pues, señor Paisano, déjese ahorcar; que aquí quedo yo.

Pais. ¡Mejor puñalada le den!

Cantan dentro la letanía y responden todos.

Alc.—Eso me parece que es lo que importa: vuestros amigos son, que os vienen a decir las letanías.

Pais.—En la muerte se hechan de ver los que son amigos. *(Vase el Alcaide.)*

ESCENA XII

Dichos, *menos el* Alcaide *y varios hombres con velas encendidas en las manos y cantando las letanías.*

Paisano.—Venme aquí cercado de grajos gallegos.

Garay.—Hable el seor Barragán, que es más honrado y más antiguo.

Barragán. Yo no haré; hable el seor Solapo.

Solapo.—Así me vea en aquella calle con libertad, que no diga palabra, hable el seor Cuatro.

Cuatro.—El Cuatro no hablará: hable el seor Garay.

Garay.—Garay no lo hará; no hay que decir.

Pais.—No es este tiempo de rumbos ni alborotos. Hable el más cercano opositor a esta cátedra de la muerte y guárdensele sus preeminencias.

Sol.—Por no perder la costumbre antigua que se tiene con los presos honrados, digo así: que en estos luctos echará de ver voacé que lo sienten sus camaradas. Plega a Dios lo seamos en el cielo. Y mal haya el diablo, que dos sentencias tengo de muerte; ¿por qué no vino la otra, para acompañar a voacé?

Pais. ¡Oh, que desgraciado ando! ¡Mal haya el diablo que nos fuéramos de venta en venta, echando una y otra: que fuera para mi de gran contento ir acompañado de un par de consortes como vuesas mercedes!

Sol.—Y ¡el corchete que prendió a voacé! Si yo salgo, no digo nada.

Pais. Ese corchete es oficial ventoso, hizo su oficio; voacé me hará merced de soterralle un puñal en las entrañas, y con esto iré muy contento desta vida.

Barragán.—So Paisano, consuélese voacé con que la Justicia lo hace; que otro no podía con voacé en el mundo. Y ésta puede dar pesadumbre a voacé y a todo el mundo. Voacé déjelos, que no digo nada.

Pais.—Ninguno, en so color de amigo, piense encargarme en este despidimiento. Quiero saber si es cargo lo que dijo el seor Barragán, en decirme que la Justicia me puede dar pesadumbre.

Garay.—No es carga lo que dijo Barragán; esto a pesar de mi honra.

Pais.—Esa vaya en aumento. Y pues que toma a cargo lo de los testigos, me hará favor voacé de cortar al uno las orejas y al otro las narices, y a los demás borrajarles las caras con una daga; y con esto iré contento para la otra vida.

Escarramán. Voacé tenga la muerte

como ha tenido la vida, pues ninguno se la hizo, que no se la pagase.

PAIS.—Aun bién que voacé es testigo de lo que yo he peleado en esta vida y muertes que tengo a cargo, sin mancos ni perniquebrados, que estos no han tenido número.

ESCARR.—Y si al bajar llorasen las personas, no las vuelva el rostro ni sea predicador en el sitio desta desgracia; que es hijo de vecino de Sevilla, y no ha de mostrar punto de cobardía.

PAIS.—No hay qne tratar deso, ni decir: "Madres, las que teneis hijos, mirad como los adotrinais y enseñais„; que todo es borrachería y barahunda.

ESCARR.—Y al verdugo que apretó tanto las cuerdas a voacé, que le hizo decir lo que no había hecho, si yo salgo no digo nada.

PAIS.—Ese verdugo, ¿me hará voacé merced de vendimiallela vida con otro verdugo?

ESCARR.—Eso haré yo de muy buena gana.

CUATRO.—Mucha pesadumbre me ha dado la Beltrana, que en mi presencia se arañó la cara.

PAIS.—Crea voacé que ha sentido la mujer en el alma esta pesadumbre que me quiere dar la Justicia, pues se arañó el retablo.

CUATRO.—Díjome que cuando vocé pasase por Gradas, volviera el rostro; que más preciaría verle con una soga a la garganta, que con una cadena de oro de cuatro vueltas.

PAIS.—Créolo yo; que ha sido mujer de gran ser; amiga del esparto: acostábala yo con soga de esparto, llámanla sus amigas la Espartera, y así tiene metido el esparto en las entrañas.

CUATRO.—Y al seeretario, si yo salgo, no digo nada. Pero esto para mi y voacé: este hombre que mató voacé ¿era hombre de cuenta?

PAIS—Era un probete, boquirrubio. Pensó que era yo algun lanudo, fuése derribando en segunda; ya sabe voacé que suelo hacer con la de ganchos: desvio y dóile, y allá va el probete, que se venía a la boca del león, siendo cordero.

CUATRO.—Seor Paisano, no haga de la cruz daga; que es indecencia (*por el modo de accionar Paisano con la cruz*).

PAIS.—No había mirado en tanto.

ESCENA XII

DICHOS, *el* ALCAIDE *y las* MUJERES.

ALCAIDE.—Albricias Paisano; que ya os oyen esos señores.

PAISANO.—¿Ya me oyen? No son cuerdos.

BELTRANA.—Parece que no te has alegrado con la nueva tan buena.

PAIS.—Hay causa para ello.

BELT.—¿Que causa puede ser hígados de perro?

PAIS.—Has de saber que me huelgo por ti, que quedabas huérfana y sola; y pésame por estos señores, que tenian hecho ya el gasto de cera y lutos. Y no se con que gana tengo de andar por la carcel.

BELT.—Ea, que no faltará otra ocasión.

PAIS.—Seor Alcaide, tome voacé esta cruz y póngala en el altar para otra ocasión que se me ofreza. Y voacedes se regocijen y alegren, y gástese todo mi rancho.

(Tocando, cantando y bailando.)

BELT.—*Pues que ya esta libre*
Mi sentenciado,
Gástese mi saya
Y *lo que he ganado.*
Gástese mi rancho todo,
Aunque me quede sin rancho,
Pues mi navio y rodancho
A tan buen gusto acomodo.
Sacúdase el polvo y lodo;
Y el Mellado y Garrampiés
Gocen de aqueste interés,
Por su valor esforzado.

MÚSICOS.—*Pues que ya está libre*
Mi sentenciado,
Gástese mi saya
Y lo que he ganado.

BELT.—Dígala luego a la Helipa
Las nuevas desta sentencia,
Y gástense en mi presencia
Dos jamones y una pipa;
Y beba, pues participa
Deste bien tan soberano.

MÚS.—*Pues que ya está libre*
Mi sentenciado,
Gástese mi saya
Y lo que he ganado
(Entránse con gran algazara)

FIN

LA CUEVA DE SALAMANCA

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

LA CUEVA DE SALAMANCA

PERSONAJES

PANCRACIO.—CARRAOLANO, ESTUDIANTE.—REPONCE, SACRISTÁN.—EL BARBERO.
LEONISIO, COMPADRE DE PANCRACIO.—LEONARDA.—CRISTINA

ESCENA PRINERA

PANCRACIO, LEONARDA Y CRISTINA.

PANCRACIO. Enjugad, señora, esas lágrimas y poned pausa a vuestros suspiros, considerando que cuatro días de ausencia no son siglos: yo volveré, a lo más largo a los cinco, si Dios no me quita la vida; aunque será mejor no turbar la vuestra, romper mi palabra, y dejar esta jornada, que sin mi presencia se podrá casar mi hermana

LEONARDA.—No quiero yo, mi Pancracio y mi señor, que por respeto mío vos parezcáis descortés, id, en hora buena, y cumplid con vuestras obligaciones, pues las que os llevan son precisas: que yo me apretaré con mi llaga, y pasaré mi soledad lo menos mal que pudiere: sólo os encargo la vuelta, y que no paséis del término que habéis puesto. Tenme, Cristina, que se me aprieta el corazón (*desmáyase*).

CRISTINA.—¡Oh, que bien hayan las bodas y las fiestas! que si yo fuera que vuesa merced, nunca allá fuera.

PANC. Entra, hija, por un vidro de agua, para echársela en el rostro. Más espera; diréle unas palabras que sé al oído, que tienen virtud para hacer volver de los desmayos (*háblale al oído y vuelve en sí Leonarda, diciendo*):

LEO. - Basta: ello ha de ser forzoso; no hay sino tener paciencia, bien mío; cuanto más os detuviéredes, más dilatais mi contento. Vuestro compadre Leoniso os dabe de aguardar ya en el coche. Andad con Dios: que él os vuelva tan presto y tan bueno como yo deseo.

PANC. Mi angel, si gustas que me quede, no me moveré de aquí más que una estátua.

LEO. - No, no, descanso mío; que mi gusto está en el vuestro; y por agora más que os váis, que no os quedéis, pues es vuestra honra la mía.

CRIST.—¡Oh espejo de matrimonio! A fe que si todas las casadas quisiesen tanto a sus maridos como mi señora Leonarda quiere al suyo, que otro gallo les cantase.

LEO.—Entra Cristina, y saca mi manto; que quiero acompañar a tu señor hasta dejarle en el coche.

PANC.—No, por mi amor; abrazadme, y quedaos, por vida mia. Cristina, ten cuenta de regalar a tu señora, que yo te mando un calzado cuando vuelva, como tu quisieres.

CRIST.—Vaya, señor, y no lleve pena de mi señora, porque la pienso persuadir de manera que nos holguemos, que no imagine en la falta que vuesa merced le ha de hacer.

LEO.—¿Holgar yo? ¡Qué bien estás en la cuenta, niña! porque ausente de mi gusto, no se hicieron los placeres ni las glorias para mí: penas y dolores, sí.

PANC.—Ya no la puedo sufrir. Quedad en paz, lumbre de estos ojos, los cuales no verán cosas que les dé placer, hasta volveros a ver. (*Vás*e).

ESCENA II

LEONARDA Y CRISTINA.

LEONARDA.—Allá darás, rayo, en casa de Ana Díaz. Vayas y no vuelvas; la ida del humo. Por Dios, que esta vez no os han de valer vuestras valentías ni vuestros recatos.

CRISTINA.—Mil veces temí que con tus extremos habías de estorbar su partida y nuestros contentos.

LEO.—¿Si vendrán esta noche los que esperamos?

CRIST.—¿Pues no? Ya los tengo avisados, y ellos están tan en ello, que esta tarde enviaron con la lavandera, nuestra secretaria, como que eran paños, una canasta de colar, llena de mil regalos y de cosas de comer, que no parece sino uno de los serones que da el Rey el Jueves Santo a sus pobres; sino que la canasta es de Pascua, porque hay en ella empanadas, fiambreras, manjar blanco y dos capones que aún no están acabados de pelar, y todo género de fruta de la que hay ahora; y sobre todo, una bota de hasta una arroba de vino, de lo de una oreja, que huele que trasciende.

LEO.—Es muy cumplido, y lo fué siempre, mi Reponce, sacristán de las telas de mis entrañas.

CRISTINA.- Pues ¿qué le falta a mi maese Nicolás? Barbero de mis hígados y navaja de mis pesadumbres, que así me las rapa y quita cuando le veo, como si nunca las hubiera tenido.

LEO.—¿Pusiste la canasta en cobro?

CRIST.- En la cocina la tengo, cubierta con un cernedero por el disimulo.

ESCENA III

DICHOS Y CARRAOLANO, *que entra después de llamar, sin esperar que le respondan.*

LEONARDA.—Cristina, mira quien llama.

EL ESTUDIANTE CARRAOLANO.—Señoras, yo soy un pobre estudiante.

CRISTINA.—Bien se os parece que sois pobre y estudiante, pues lo uno muestra vuestro vestido, y el ser pobre vuestro atrevimiento. ¡Cosa extraña es esta, que no hay pobre que espere a que le saquen la limosna a la puerta, sino que se entran en las casas hasta el último rincón, sin mirar si despiertan a quien duerme o si no!

EST.—Otra más blanda respuesta esperaba yo de la buena gracia de vuesa merced, cuanto más que yo no quería, ni buscaba otra limosna, sino alguna caballeriza o pajar donde defenderme esta noche de las inclemencias del cielo, que, según se trasluce, parece que con grandísimo rigor a la tierra amenazan.

LEO.—¿Y de dónde bueno sois, amigo?

EST.—Salamantino soy, señora mía, quiero decir que soy de Salamanca. Iba a Roma con un tío mío, el cual murió en el camino, en el corazón de Francia. Vine solo; determiné volverme a mi tierra; robáronme los lacayos o compañeros de Roque Guinarda, en Cataluña, porque él estaba ausente; que a estar allí, no consintiera que se me hiciera agravio; porque es muy cortés y comedido y además limosnero. Hame tomado a estas santas puertas la noche, que por tales las juzgo, y busco mi remedio.

LEO.—En verdad Cristina, que me ha movido a lástima el estudiante.

CRIST. *(Aparte a Leo.)*.—Ya me tiene a mí rasgadas las entrañas. Tengámosle en casa esta noche, pues de las sobras del castillo se podrá mantener el real; quiero decir, que en las reliquias de la canasta habrá en quien adore su hambre, y más, qne me ayudará a pelar la volatería que viene en la cesta.

LEO.—Pues ¿cómo, Cristina, quieres que metamos en nuestra casa testigos de nuestras liviandades?

CRIST.—Así tiene el talle de hablar por el colodrillo como por la boca. Venga acá, amigo: ¿sabe pelar?

EST.—¿Cómo si se pelar? No entiendo eso de saber pelar, si no es que quiere vuesa merced motejarme de pelón; que no hay para qué, pues yo me confieso por el mayor pelón del mundo.

CRIST.—No lo digo yo por eso, en mi ánima, sino por saber si sabría pelar dos o tres pares de capones.

EST.—Lo que sabré responder es que yo, señoras, por la gracia de Dios, soy graduado de bachiller por Salamanca, y no digo...

LEO.—Desa manera, ¿quién duda, sino que sabrá pelar, no sólo capones sino gansos y abutardas? Y en esto de guardar el secreto, ¿cómo le vá? y a dicha, ¿es tentado

de decir todo lo que ve, imagina o siente?

Est.—Así pueden matar delante de mí más hombres que carneros en el Rastro, que yo despliegue mis labios para decir palabra alguna.

Crist.—Pues atúrese esa boca y cósase esa lengua con una agujeta de dos cabos, y amuélese esos dientes, y éntrese con nosotras, y verá misterios y cenará maravillas, y podrá medir en un pajar los pies que quisiera para su cama.

Est. - Con siete tendré demasiado, que yo no soy nada codicioso ni regalado.

ESCENA IV

Dichos, *el sacristán* Reponce *y el* Barbero.

Sacristán Reponce.—¡Oh, que en hora buena estén los automedontes y guías de los carros de nuestros gustos, las luces de nuestras tinieblas, y las dos recíprocas voluntades que sirven de bases y columnas a la amorosa fábrica de nuestros deseos!

Leonarda.—Esto solo me enfada de él, Reponce mío: habla, por tu vida, a lo moderno y de modo que te entienda; y no te encarames donde no te alcance.

Barbero.—Eso tengo yo bueno, que hablo más llano que una suela de zapato; pan por vino y vino por pan, como suele decirse.

Sacristán.—Sí, que diferencia ha de haber de un sacristán gramático a un barbero romancista.

Cristina.—Para lo que yo he menester a mi barbero, tanto latín sabe y aun más, que supo Antonio de Nebrija; y no se dispute agora de ciencia, ni de modos de hablar: que cada uno habla, sino como debe, a lo medos como sabe; y entrémonos y manos a la labor, que hay mucho que hacer.

Estudiante.—Y mucho que pelar.

Sac.—¿Quién es este buen hombre?

Leo.—Un pobre estudiante salamanqueso, que pide albergo para esta noche.

Sac.—Yo le daré un par de reales para cena y para lecho, y váyase con Dios.

Est.—Señor sacristán Reponce, recibo y agradezco la merced y la limosna; pero yo soy mudo y pelón además, como ha menester esta señora doncella que me tiene convidado; y voto a... de no irme esta noche desta casa, si todo el mundo me lo manda. Confíese vuesa merced, mucho de enhoramala de un hombre de mis prendas, que se contenta con dormir en un pajar; y si lo han por sus capones, péleseios el Turco y cómanselos ellos, y nunca del cuero les salgan.

Barb.—Este más parece rufián que pobre; talle tiene de alzarse con toda la casa.

Crist.—No medre yo si no me contenta el brío. Entrémonos todos y demos orden en lo que se ha de hacer; que el pobre pelará y callará como en misa.

Est.—Y aún como en vísperas.

Sac.—Puesto me ha miedo el pobre estudiante; yo apostaré que sabe más latín que yo.

Leo.—De ahí le deben de nacer los bríos que tiene: pero no te pese amigo, de hacer caridad, que vale para todas las cosas. (*Vásen todos*).

ESCENA V

Leonisio, *compadre de* Pancracio *y éste (en la calle)*.

Leonisio.—Luego lo vi yo que nos había de faltar la rueda; no hay cochero que no sea temático, si él rodeara un poco y salvara aquel barranco, ya estuviéramos dos leguas de aquí.

Pancracio.—A mi no se me da nada; que antes gusto de volverme a pasar esta noche con mi esposa Leonarda, que en la venta; porque la dejé esta tarde casi para expirar del sentimiento de mi partida.

Leon.—¡Gran mujer! ¡De buena os ha dado el cielo, señor compadre! Dadle gracias por ello.

Pancracio.—Ya se las doy como puedo y no como debo; no hay Lucrecia que se le llegue ni Porcia que se le iguale: la honestidad y el recogimiento han hecho en ella su morada.

Leon.—Si la mía no fuese celosa, no tenía yo más que desear. Por esta calle está más cerca mi casa: tomad, compadre, por estas, y estaréis presto en la vuestra; y veámonos mañana, que no me faltará coche para la jornada. Adiós.

Panc.—Adiós. (*Vánse cada uno por su lado*).

ESCENA VI

El Sacristan y Barbero *con guitarras*; Leonarda, Cristina y Estudiante. *El sacristán con la sotana alzada y ceñida al cuerpo, danzando al son de su guitarra y diciendo:*

Sacristan.—¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

Cristina.—Señor sacristán Reponce, no es tiempo de danzar; dese orden en cenar y en las demas cosas, y quédense las danzas para mejor coyuntura.

Sac.—¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

Leonarda.—Déjale Cristina; que en extremo gusto de ver su agilidad.

(Llama Pancracio a la puerta y dice:)

Pancracio.—Gente dormida, ¿no ois? ¡Como! ¿Y tan temprano teneis atrancada la puerta? Los recatos de mi Leonarda deben de andar por ah.

Leo.—¡Ay, desdichada! A la voz y a los golpes, mi marido Pancracio es este; algo le debe de haber sucedido, pues el se vuelve. Señores, a recogerse a la carbonera: digo al desván, donde está el carbon.—Corre Cristina y llévalos; que yo entretendré a Pancracio de modo que tengas lugar para todo.

Estudiante.—¡Fea noche, amargo rato, mala cena y peor amor!

Crist.—¡Gentil relente por cierto! Ea, vengan todos.

Panc.—¿Que diablos es esto? ¿Como no me abris lirones?

Est.—Es el toque que yo no quiero correr la suerte destos señores; escóndanse ellos donde quisieren, y llévenme a mi al pajar, que si allí me hallan, antes pareceré pobre que adúltero.

Crist.—Caminen, que se hunde la casa a golpes.

Sac.—El alma llevo en los dientes.

Barbero.—Y yo en los cascañares. *(Salen todos.)*

ESCENA VII

Leonarda *(desde la ventana)*. Pancracio y Cristina

Leonarda.—¿Quien está ahí? ¿Quien llama?

Pancracio.—Tu marido soy, Leonarda mia; ábreme, que ha media hora que estoy rompiendo a golpes estas puertas.

Leo.—En la voz bien me parece a mi que oigo a mi cepo Pancracio: pero la voz de un gallo se parece a la de otro gallo, y no me aseguro.

Panc.—¡Oh recato inaudito de mujer prudente! que yo soy vida mia, tu marido Pancracio: ábreme con toda seguridad.

Leo.—Venga acá, yo lo veré agora. ¿Que hice yo cuando él se partió esta tarde?

Panc.—Suspiraste, lloraste, y al cabo te desmayaste.

Leo.—Verdad; pero con todo esto, digame: ¿que señales tengo yo en uno de mis hombros?

Panc.—En el izquierdo tienes un lunar del grandor de medio real, con tres cabellos como tres mil hebras de oro.

Leo.—Verdad; pero ¿cómo se llama la doncella de casa?

Panc.—Ea, boba, no seas enfadosa: Cristinica se llama; ¿que más quieres?

Leo.—Cristinica, Cristinica, tu señor es; ábrele niña.

Crist. *(que entra)*.—Ya voy, señora; que él sea muy bien venido.—¿Que es esto señor de mi alma? ¿Que acelerada vuelta es esta? *(al abrir)*.

Panc.—*(dentro ya)*.—No ha sido otra cosa sino que en un barranco se quebró la rueda del coche, y mi compadre y yo determinamos volvernos, y no pásar la noche en el campo; y mañana buscaremos en que ir, pues hay tiempo. Pero ¿que voces hay?

ESCENA VIII

Dichos *y el* Estudiante, *primero desde lejos y luego dentro.*

Estudiante *(fuera)*.—Abranme aquí, señores, que me ahogo.

Pancracio.—¿Es en casa o en la calle?

Cristina.—Que me maten sino es el pobre estudiante que encerré en el pajar para que durmiese esta noche.

Panc.—¿Estudiante encerrado en mi casa y en mi ausencia? ¡Malo! En verdad, señora, que si no me tuviera asegurado vuestra mucha bondad, que me causara algún recelo este encerramiento. Pero ve, Cristina y ábrele; que se le debe haber caido toda la paja acuestas.

Crist. Ya voy. *(Vase.)*

Leo.—Señor, que es un pobre salamanqueso, que pidió que le acogiésemos esta

noche, por amor de Dios, aunque fuese en el pajar; y ya sabes mi condición, que no puedo negar nada de lo que se me pide, y encerrámosle; pero vesle aquí y mirad cual sale. *(Entran el Estudiante y Cristina.)*

EST. Si yo no tuviera tanto miedo y fuera menos escrupuloso, yo hubiera excusado el peligro de ahogarme en el pajar y hubiera cenado mejor, y tenido más blanda y menos peligrosa cama.

PANC. -Y ¿quién os había de dar, amigo, mejor cena y mejor cama?

EST.—¿Quién?, mi habilidad; sino que el temor de la justicia me tiene atadas las manos.

PANC. Peligrosa habilidad debe de ser la vuestra, pues os temeis de la justicia.

EST.—La ciencia que aprendí en la Cueva de Salamanca, de donde yo soy natural, si se dejara usar sin miedo de la Santa Inquisición, yo se que cenara y recenara a costa de mis herederos; y aún quizá no estoy muy fuera de usalla, siquiera por esta vez, donde la necesidad me fuerza y me disculpa; pero no se si estas señoras serán tan secretas como yo lo he sido

PANC. No se cure de ellas, amigo, sino haga lo que quiere, que yo les haré que callen; y ya deseo en todo extremo ver alguna destas cosas que dicen que se aprenden en la Cueva de Salamanca.

EST. ¿No se contentará vuesa merced con que le saque aquí dos demonios en figuras humanas, que traigan acuestas una canasta llena de cosas, fiambres y comederas?

LEO.—¿Demonios en mi casa y en mi presencia? ¡Jesús!, librada sea yo de lo que librarme no sé.

CRIST. *(Aparte.)* -El mismo diablo tiene el estudiante en el cuerpo: ¡plega a Dios que vaya a buen viento esta parva! Temblándome está el corazón en el pecho.

PANC.—Ahora bien; si ha de ser sin peligro y sin espantos, yo me holgaré de ver esos señores demonios y a la canasta de las fiambreras; y torno a advertir que las figuras no sean espantosas.

EST. Digo que saldrán en figura del sacristán de la parroquia y en la del barbero su amigo.

CRIST.—¿Más qué, lo dice por el sacristán Reponce y por maese Roque, el barbero de casa? ¡Desdichados dellos, que se han de ver convertidos en diablos! Y dígame, hermano, ¿y estos han de ser diablos bautizados?

EST. ¡Gentil novedad! ¿A dónde hay diablos bautizados o para que se han de bautizar los diablos? Aunque podrá ser que estos lo fuesen, porque no hay regla sin excepción; y apártense y verán maravillas.

LEO. *(Aparte.)* ¡Ay, mi ventura! aquí se descose, aquí salen nuestras maldades a plaza; aquí soy muerta.

CRIST. Animo, señora; que buen corazón quebranta mala ventura.

EST.—Vosotros, mezquinos, que en la [carbonera
Hallaste amparo a vuestra desgracia,
Salid, y en los hombros, con priesa y con [gracia,
Sacad la canasta de la fiambrera;
No me inciteis a que de otra manera
Más dura os conjure. Salid ¿qué esperais?
Mirad que si a dicha el salir rehusais,
Tendrá mal suceso mi nueva quimera.

Ora bien; yo sé como me tengo de haber con estos demonios humanos: quiero entrar allá dentro y a solas hacer un conjuro tan fuerte, que los haga salir más que de paso; aunque la calidad de estos demonios, más estáen sabellos aconsejar que en conjurallos. *(Váse.)*

ESCENA IX

DICHOS. *Menos el* ESTUDIANTE.

PANCRACIO.—Yo digo que si este sale con lo que ha dicho, que será la cosa más nueva y más rara que se haya visto en el mundo.

LEONARDA.—Sí, saldrá, ¿quién lo duda?, pues, ¿habíanos de engañar?

CRISTINA.—Ruido anda allá dentro; yo apostaré que los saca; pero ve aquí do vuelve con los demonios y el apatusco de la canasta.

ESCENA X

DICHOS, ESTUDIANTE REPONCE y BARBERO.

LEONARDA.—¡Jesús! ¡que parecidos son los de la carga al sacristan Reponce y al barbero de la plazuela!

CRISTINA. Mira, señora que donde hay demonios no se ha de decir Jesús.

REPONCE.—Digan lo que quisieren; que nosotros somos como los perros del herre-

ro, que dormimos al son de las martilladas: ninguna cosa nos espanta ni turba.

Leo.—Lléguense a que yo coma de lo que viene de la canasta, no tomen menos.

Estudiante.—Yo haré la salva y comenzaré por el vino *(bebe)*. Bueno es: ¿es de Esquivias, señor sacridiablo?

Rep.—De Esquivias es, juro a...

Est. Téngase por vida suya y no pase adelante; amiguito soy yo de diablos juradores. Demonico, demonico, aquí no venimor a hacer pecados mortales, sino a pasar una hora de pasatiempo y cenar, y irnos con Cristo.

Crist.—¿Y estos han de cenar con nosotros?

Pancracio.—Si, que los diablos no comen.

Barbero.—Sí comen algunos, pero no todos; y nosotros somos de los que comen.

Crist.—¡Ay, señores! quédense aca los pobres diablos, pues han traído la cena; pues sería poca cortesía dejarlos ir muertos de hambre, y parecen diablos muy horados y muy hombres de bien.

Leo.—Como no nos espanten y si mi marido gusta, quédense en buen hora.

Panc.—Queden; que quiero ver lo que nunca he visto.

Barb.—Nuestro Señor pague a vuesas mercedes la buena obra, señores mios.

Crist.—¡Ay, que bien criados que corteses! nunca medre yo, si todos los diablos son como estos, sino han de ser mis amigos de aqui adelante.

Rep.—Oigan, pues, para que se enamoren de veras:

(*Canta Reponce acompañándose y coreado por el Barbero en el estribillo*).

Rep. Oigan los que poco saben
Lo que con mi lengua franca
Digo del bien que en sí tiene
Barb. *La Cueva de Salamanca.*
Rep. Oigan lo que dejó escrito
Della el bachiller Tudanca
En el cuero de una yegua
Que dicen que fué potranca,
En la parte de la piel
Que confina con el anca,
Poniendo sobre las nubes
Barb. *La cueva de Salamanca.*
Rep. En ella estudian los ricos
Y los que no tienen blanca,
Y sale entera y rolliza
La memoria que está manca,
Siéntanse los que allí enseñan
De alquitrán en una banca,
Porque estas bombas encierra
Barb. *La cueva de Salamanca.*
Rep. En ella se hacen discretos
Los moros de la Palanca;
Y el estudiante más burdo
Ciencias de su pecho arranca,
A los que estudian en ella
Ninguna cosa les manca;
Viva pues siglos eternos
Barb. *La cueva de Salamanca.*
Rep. Y nuestro conjurador,
Si es a dicha de Loranca,
Tenga en ella cien mis vides
De uva tinta y de uva blanca;
Y al diablo que le acusare,
Que le den con una tranca,
Y para el tal jamás sirva
Barb. *La cueva de Salamanca.*

Crist.—Basta; que también los diablos son poetas.

Bar.—Y aún todos los poetas son diablos.

Panc.—Dígame, señor mío, pues los diablos lo saben todo, ¿donde se inventaron todos esos bailes de las *Zarabandas, Zambapalo y Dello me pesa*, con el famoso del nuevo Escarramán?

Barb.—¿Adonde? en el infierno; allí tuvieron su origen y principio.

Panc.—Yo asi lo creo.

Leo.—Pues en verdad, que tengo yo mis puntas y collar de escarramanesco; sino que mi honestidad y por guardar el decoro a quien soy, no me atrevo a bailarle.

Rep.—Con cuatro mudanzas que yo le enseñase a vuesa merced cada día en una semana, saldria única en el baile; que sé que le falta bien poco.

Est.—Todo se andará; por agora entrémonos a cenar, que es lo que importa.

Panc.—Entrémonos; que quiero averiguar si los diablos comen o no, con otras cien mil cosas que dellos cuentan; y por Dios que no han de salir de mi casa hasta que me dejen enseñado en la ciencia y ciencias que se enseñan en *La Cueva de Salamanca.*

FIN